

## Cómo hacemos para unirnos con Jesucristo en la Misa<sup>1</sup> - (Siervo de Dios Luis María Etcheverry Boneo)

**La cruz de Jesús** es la culminación del trabajo de toda su vida: unir a Dios con los hombres y a los hombres con Dios. Cuando Jesucristo sube a la cruz adora a Dios en nombre de los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, da gracias y pide perdón, y pide lo que todos los hombres siempre podrán necesitar. Y con los brazos abiertos allá en la cruz 'arranca del cielo' el perdón para el pecado de todos los hombres y trae del corazón de Dios la vida divina, con la luz de la Fe, con el calor de la Caridad, con la fuerza vital operante de la Esperanza.

Pero, además Jesucristo en la cruz fue hostia. Tuvo que ofrecerle a Dios algo grato para que Dios nos perdonara. Y eso que ofreció Jesucristo en nombre de los hombres fue su propia persona. Jesucristo le ofreció a Dios su vida humana, pero era una vida humana que pertenecía a una persona divina y entonces valía enormemente. Por eso el Padre no puede menos que aceptar y perdonar a los hombres y volver a darles la vida divina.

**La Misa es actualización del sacrificio de la cruz para que yo me defina libremente frente a él.** Y para ello debo **tomar conciencia de la verdad:** La verdad profunda es que allí hay un sacerdote que es Jesucristo y una hostia que es Jesucristo. Pero ¡atención!, que desde el Bautismo yo estoy injertado en Jesucristo. Jesucristo físico solo ya no existe más. Jesucristo físico ahora está siempre acompañado por todos los cristianos que recibieron el Bautismo y están en la Iglesia.

La verdad profunda del Sacrificio de la Misa es que el sacerdote es Jesucristo, más yo y todos los cristianos que estamos en la Iglesia, y la hostia verdadera es Jesucristo más todos los otros cristianos.

Por lo tanto, antes de empezar la Misa debo tomar conciencia de que Jesucristo y yo vamos a ofrecernos. ¿Para qué? Para reproducir el sacrificio de la cruz. Y vamos a hacerlo en representación de todos los cristianos.

**Cuando empieza la Misa, ¿qué es lo que tengo que pensar?** Trato de pensar lo que pensaba Jesucristo en la cruz y lo que está pensando Jesucristo en este momento en el altar. ¿Qué está pensando? Y tiene unas ganas bárbaras de adorar al Padre, de darle gracias al Padre, de pedirle perdón y de pedirle por los hombres al Padre. Y unas ganas bárbaras de traer desde el Padre a los hombres perdón y gracia. Esas cosas tengo que pensar.

Y cuando llega el momento del *Ofertorio* le digo: "Dios, ¿quieres aceptar que te demos a Jesucristo dentro de un ratito dentro de este pan y dentro de este vino?" Y tengo que decirle: "¿Quieres que te entregue a Jesucristo y me entregue yo? ¿Sí?" Entonces ya me ofrecí. Ya me ofrecí al Padre y no puedo volverme atrás. Me ofrecí a Dios y durante el resto del día ya no tengo el derecho de pensar que soy libre de hacer lo que quiero. Me ofrecí ya a Dios con Jesucristo en ese momento solemne, el más solemne de la historia de la humanidad como que es la reproducción del sacrificio de la cruz.

Llega el momento de la **Consagración**; es el momento en el cual se aporta el regalo que se había ofrecido en el Ofertorio y ahora se trae. ¿Y cómo se trae? Se trae con dos presencias: la de Jesucristo que 'se mete' dentro del pan y la de Jesucristo que se mete de verdad dentro de mí. En la Consagración yo le estoy diciendo a Dios: "Señor, vaciá este pan, dejá la apariencia, pero entrá Vos." Y le estoy diciendo a Dios: "Vacíame a mí, sácame todo mi interior mezquino, todas mis ideas chiquitas, mis sentimientos miopes, mi voluntad pequeña, sácame todo eso fuera y dame tus ideas, tus sentimientos, tu voluntad.

Finalmente, llega el momento de la **Comunión**. ¿Qué pasa en la Comunión? Se rompen las especies, la apariencia del pan para que Jesucristo que está dentro de las especies pase a manos del Padre. Hay dos apariencias: las del pan y del vino, por un lado, y por otro las mías, porque dentro de mí Jesucristo también está. ¿Y cómo se rompen las apariencias del pan y del vino? Entregándose en comunión a los hombres. Yo también tengo que 'romperme' para que Jesucristo a través mío pase a manos de Dios Padre. Yo también tengo que entregarme en comunión a mis hermanos.

Antes, en el Ofertorio, ya no podía hacer lo que quería en mi vida porque me había ofrecido a Dios. En la Consagración ya no puedo pensar y sentir lo que quiero porque tengo que pensar y sentir lo que Jesucristo quiere que piense y sienta. Y ahora no puedo hacer de mi vida, de mis actividades lo que quiero, sino que tengo que entregarme a Dios a través del servicio de mis hermanos. A eso me comprometo en la Comunión.

**Apostolado y Misa** Dios nos da todo a nosotros directamente. Pero no quiere que le demos a El directamente nada porque no lo necesita, quiere que se lo demos a través de nuestros hermanos. "*Cuando le disteis un vaso de agua al menor, al más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo disteis.*" "*-Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis.* -*Cuándo, Señor, te vi, ¿dónde, cuándo te di alimento?* -*Cuando lo hicisteis al más pequeño de mis hermanos a Mí me lo hicisteis.*" Y a eso nos comprometemos nosotros en el momento de la Comunión. Salimos de la Misa, y la Misa no es un acto cualquiera sino algo que nos ha unido íntimamente con Jesucristo y nos ha comprometido a vivir nuestra vida ordinaria dedicados a Dios, sintiendo y pensando, viviendo en nuestro interior lo que Dios quiere que vivamos, y pagándole a Dios lo que nos da, a través de la ayuda que prestemos a nuestros hermanos. Así se vive la Misa y así tenemos que vivir la Comunión.

<sup>1</sup> Cf. 9º plática del Retiro del Círculo Santa Teresa del Niño Jesús, agosto de 1965.